

CARA Y CRUZ

Por **IGNACIO AGUSTI**

buscando a europa

E S posible que algunos crean que los más recientes acontecimientos relacionados con el turismo o con el éxodo de nuestros trabajadores podrán dar una solución al dilema que con tanta insistencia y tan dramáticamente se planteaba Unamuno: europeizar a España o españolizar a Europa. Cualquiera de las dos acciones se podría en efecto producir; si la huella del paso de dieciséis millones de sujetos de más allá de los Pirineos deja su marca en nuestra reseca piel de toro, si el paso de las muchedumbres galas o sajonas flexibiliza el tono de vida español y aclara la veste negra y solitaria de nuestras campesinas, no hay duda de que España se habrá europeizado. Si, con independencia de este hecho, los centenares de millares de productores que trabajan de peón o de camarero en Inglaterra o Alemania consiguen estampar su rudeza en las formas de vida sustanciales de esos países, si el bávaro bebe en porrón y el celta se aficiona a los toros, no hay duda de que Europa se habrá españolizado de algún modo. Pero a nosotros nos parece problemático que la convivencia y las presiones físicas puedan obtener resultados sociológicos concretos, capaces de mudar las formas de cada civilización peculiar. La piel de los pueblos es mucho más dura que todo eso. Españolizar o europeizar son funciones que difícilmente dependerán del hecho de que nos tomemos un trago con un inglés o de que invitemos a los toros a una danesa. Por otro lado, cabría preguntarse si el vino, los toros y esa alegría o tristeza superficiales de nuestra fisonomía son arquetípicas de nuestro carácter y determinantes del hecho llamado España. A nosotros nos parece que no.

También Dostoievski estuvo preguntándose, durante casi toda su vida, si el porvenir de la vida social y moral rusa estaría en europeizar a la sociedad de su tiempo o eslavizarla aún más. Al debate —como en nuestro caso Unamuno— le dio una conclusión en los postreros años de su vida, definiéndose como absolutamente partidario de la eslavización. Seguramente debían de pesar, en sus conclusiones, aquellos pasos tan largos y cansados que había dado por Europa durante su vida, y la conciencia que adquirió de que en el continente se había sentido siempre forastero. En su correspondencia desde los casinos y balnearios europeos, Dostoievski acusa, inconscientemente, el despego en que se halla de un paisaje que no es el suyo, de unos hombres a los que no comprende, de una sociedad que le deja solo y acentúa su terrible aislamiento y tristeza. En el fondo, Dostoievski, como nuestro Unamuno, cuando pasea por Europa siente en las espaldas el peso de la tierra natal, la añoranza de la nieta y de las estepas rusas; y cuando se pone a Europa, es como si se pusiera un incómodo corsé que achica su personalidad y en el que le es imposible toda actitud espontánea. La libertad y el ser, para él, están en Rusia.

Los economistas y políticos se plantean hoy el hecho de la Europa unida, pero no todos coinciden en el sentido más hondo que ha de cobrar la palabra Europa para dar una viabilidad al propósito. Es común que los hombres públicos de hoy consideren a Europa bajo un prisma primordialmente económico, social y financiero. Las peculiaridades de cada región europea se fundirían bajo el denominador de un régimen aduanero y fis-

cal, bajo la aceptación de un patrón moneda regular y común a todas, etcétera. No todos los hombres políticos coinciden, sin embargo, en plantearse a Europa de ese modo; ya es conocida la disensión que en este panorama ofrece la visión personal del general De Gaulle, que bautiza a "su" Europa como la Europa de las patrias. Pero muchos otros hombres del continente se inquietan igualmente si la futura unión de Europa deberá hacerse sobre premisas económicas simplemente, renunciando a cualquier otra motivación moral que arranque de antiguas razones históricas.

La cuestión no era fácil en los tiempos de Unamuno y Dostoievski. La Europa que ellos veían y a la que se resistían, era la Europa liberal anterior a las dos guerras, con un trivial planteamiento de la Historia y una renuncia palmaria a las raíces, que eran las que a ambos genios herían en el fondo del alma. La cuestión no era fácil entonces, pero quizá el planteamiento del hecho fuera más sencillo que en la actualidad. Porque en aquella Europa, de algún modo estaban ya insertas tanto Rusia como España, tras un viaje histórico que era secular y que las había configurado como "partenaires" de todas las demás regiones europeas. La misma disyuntiva que se planteaban Unamuno y Dostoievski indicaba la filiación europea de ambas Marcas, su entronque histórico con el vehículo común, que era la europeidad. Mientras que el planteamiento, llevado a los días de hoy, nace de la exclusión de estas dos "extremaduras" de la vida europea. La Europa política, la Europa en la que se trata de entrar, como se entra en una sociedad anónima, es en puridad no más que una parte de la Europa histórica, y aquí los escrúpulos de Dostoievski y Unamuno no tendrían razón de ser, puesto que es cuestión circunstancial y no primordial la participación en un mercado común o en un régimen aduanero. Lo que no es circunstancial es el sentido recóndito de esa Europa, su significación espiritualista, la impronta del cristianismo, el empirismo de las motivaciones políticas en cada instante, el trasiego de un punto a otro de la Historia de la inmensa carga de instituciones, legados, reliquias del pasado que de algún modo constituyen Europa y que poco tienen que ver con el sistema que ésta adopte para pagar sus impuestos y vivir.

Esta Europa histórica, que está, al parecer, al margen de la cuestión, es en definitiva la que sobrevivió hasta que fue asolada por la bárbara acometida de Hitler y que se patentizó primero en las catedrales y luego en las universidades europeas. La Europa en la que cabría decidir la oportunidad de entrar, espiritual y moralmente, sería la Europa del humanismo europeo, que es en verdad la sustancia histórica del continente. Una Europa en la que España está ya incorporada y comprometida desde Luis Vives, que hemos contribuido a edificar y a la que, por tanto, no nos es necesario llamar ahora a la puerta.

Ante la Europa humanista y creadora de los valores del espíritu, el viejo Unamuno no se preguntaría sobre la disyuntiva de europeizarse o españolizarse. Fue ante otras mixtificaciones de Europa ante las que sentía la cuestión como un problema. Pero no ante la Europa de Goethe, de Burkhart o de Paul Valéry.

En cuanto a España, no se trata de cambiarle la piel y de granularla con una superficie de barrios cosmopolitas. Eso no es tampoco Europa. Las mudanzas tendrían que venir como sacudidas de la raíz. Lo que debiera reinventarse es el humanismo, sin perjuicio de que surgieran en nuestras costas Marbellas o Torremolinos maravillosos, para entrar en Europa lo que nos convendría sería poner de nuevo en sazón a un Luis Vives, con el que ya estuvimos la otra vez.